



La margen incierta

Fernando Lafuente Clavero



Presenta

Colección  A sangre



La margen incierta

Fernando Lafuente Clavero

Créditos:

La margen incierta

Primera edición digital: noviembre 2017

Código: 9785400038635050126

Autores: Fernando Lafuente Clavero

Ilustración de portada: María Delgado Prieto
(facebook.com/mariadp.illustration)

Prólogo: Juan Ángel Laguna Edroso

Maquetación y diseño: Kachi Edroso y Miguel Puente

Corrección de estilo: Juan Ángel Laguna Edroso

Editor: Juan Ángel Laguna Edroso

Edición: Saco de huesos

Paseo Fernando el Católico, 59. ED 5A

CP 50006 Zaragoza

www.sacodehuesos.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos ([ww.cedro.org](http://www.cedro.org))) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Prólogo

Prestarse como lector al juego de la narrativa, sobre todo la de terror, es como adentrarse por un túnel, como arriesgarse por un callejón. Atreverse, en definitiva, a surcar la margen incierta. Existen elementos que te indican hacia dónde puede dirigirse el camino que se te presenta, pistas que advierten de lo que quizá haya más adelante, pero si vas demasiado rápido te puedes empotrar contra algo inesperado con la consiguiente frustración. Otra cosa muy diferente es cuando, sin requiebros traicioneros, sin artificios ni trampas, dichos signos te acaban llevando con exactitud a donde quiere el escritor. Ahí, el escalofrío, la inquietud y la conmoción que te brinda el texto se conjugan con la satisfacción de no haber sido burlado, sino sorprendido. En buena medida, esto es lo que me ocurre con **Fernando Lafuente**.

Si bien nos habíamos cruzado ya unas cuantas veces (no en vano, estudiamos en el mismo instituto), fue en el **Liter Imaginarius** de Huesca cuando tuve la oportunidad de conocerlo de verdad,

sobre todo desde el punto de vista literario. El Liter era un encuentro con el cual, a través de **Nocte**, la Asociación Española de Escritores de Terror, los autores intentábamos aportar un granito de arena a la literatura de género. Aunque yo hacía a Fer más de ciencia ficción, un elemento que sin duda impregna su trabajo, que de historias de horror, en ese evento pude constatar que se movía también con soltura en estas últimas. De hecho, fue finalista en su concurso literario con el relato que abre esta antología: *Discontinuidad inevitable*.

Aun así, no lo vi venir, lo reconozco. Es posible que me dejara engañar por las apariencias. **Fernando Lafuente** tiene pintas de profesor formal, con sus gafas y su fluido discurso. De hecho, es *profesor* (aunque a sus alumnos queda decir cuán formal). Cuando departes con él, en seguida te das cuenta de que es alguien entusiasta y, a decir verdad, no me extrañó que, como a mí mismo, le dominara una fascinación sin límites por eso que se llama la cultura popular, y que en nuestros tiempos ya no son ni libros (ni siquiera bolsilibros), sino productos como los juegos de mesa underground o (¡escándalo!) los librojuegos. No es tan raro, pues nos hemos criado con otra perspectiva del ocio y de la

cultura en general y, como muchos creadores de nuestra generación, hemos integrado elementos de unos y otros lados sin darle mayor importancia, quizás sin ser plenamente conscientes de ello.

Sí que me pilló por sorpresa, por el contrario, otra pasión común: el heavy metal. Viéndolo en perspectiva, no es tan raro: como decía unas líneas más arriba, había indicios. Pero pocos imaginarían al verlo su conocimiento del tema, cultivado en años de locutor radiofónico, o cómo se metió en el bolsillo a lo más aguerrido del **Utopía** con su charla sobre **King Diamond**. Esa es, sin duda, una de las gracias de Fer: que consigue llevarte a terrenos insospechados sin pases de mano. Le vale su pasión, su conocimiento del terreno y, esto es clave, el desarrollo. Es así como, de repente, te ha llevado al otro lado del espejo, sin que te des cuenta ni te importe, en realidad, cómo has terminado ahí.

Después de años en los que he podido disfrutar de su producción de relatos, tanto en antologías colectivas como en títulos en solitario, como *Divergencia a más infinito*, estaba cantado que tarde o temprano se haría su hueco en la línea **A sangre de Saco de huesos**. Sin embargo, quizás porque andaba yo obcecado, como editor, en mostrar claramente a

los lectores una identidad propia, algo que pretendía además cristalizar en una temática, la cosa se demoraba. Este ha sido un libro en el que hemos trabajado durante años, literalmente. Y así estábamos hasta que un buen día, sentado frente a las obras que ya había preseleccionado y una remesa nueva que me había traído Fernando, me olvidé por un momento de la antología y me centré en la lectura. Una lectura atenta, pues iba corrigiendo y anotando con la idea algo funesta, lo reconozco, de que si al menos no conseguía hacer cuajar el conjunto, los relatos por separado algo obtendrían.

Y entonces surgió la chispa. O, más bien, fui yo capaz de verla, porque había estado ahí desde el principio. Se trataba, eso es todo, de dejarse llevar.

Arranqué con *Discontinuidad inevitable* (el relato estaba llamado a abrir este volumen) y me di cuenta de que estaba sumido en una especie de viaje iniciático rumbo, precisamente, a esa margen incierta que ha terminado por dar nombre a la antología. Fer, como siempre, estaba hablando del ser humano y ahí, sin más, estaba la clave. Sea ciencia ficción, fantasía o terror, para él la narrativa es más que un ejercicio estético: es una mirada a la humanidad, a nuestras miserias, maravillas e

inquietudes. Y, por supuesto, cuando de terror se trata, su punto de mira señala de un modo inequívoco... a la sociedad.

La margen incierta es una obra de terror social. Sin pretender ser pedagógica ni sentar cátedra sobre los temas que trata, no se anda tampoco con paños calientes a la hora de abordar el meollo de las cuestiones que, nada extraño en estos tiempos de crisis, tanto nos roban el sueño. El desarrollo urbanístico, el mundo laboral, la soledad dentro de la masa, la solidaridad o su ausencia, el respeto, el impacto ecológico, las multinacionales, la publicidad, la identidad personal, las normas de convivencia... El hilo conductor estaba ahí, la voz propia presente en la misma perspectiva que adopta el autor, en las herramientas utilizadas para abordar las historias: esas rupturas de lo cotidiano por el elemento fantástico, ese realismo con las tuercas tan apretadas que se transforma en surrealismo distópico, esos personajes que te puedes cruzar a la vuelta de cualquier esquina, ese modo de crear una mitología moderna sin permitir que el factor estético devore al fondo, esa ironía un punto descarnada bajo su apariencia amable...

Todo estaba ahí, a la espera, quizás, de que

terminara de montar el puzle. Una vez completado, resultaba más que evidente: esta antología es un reflejo de nuestra sociedad actual, al menos de cómo la vemos quienes, como diría el **Reno Renardo**, crecimos en los '80 (y sobrevivimos): parecía que habíamos emprendido un camino sólido, mejor balizado que generaciones atrás, y poco a poco, sin sobresaltos (pero presentando muchos indicios por el camino), nos ha llevado a un despeñadero espeluznante.

Constatado que, por fin, había conseguido ver qué material era indispensable para montar esta nueva aventura en solitario del autor, ya solo me quedaba, en mi papel de editor, hacer justicia a su fuerza narrativa. Y eso pasaba, sin duda, por la estructura. **Fernando Lafuente** es un relojero. Todos los elementos que presenta en sus relatos tienen un papel determinado y se engarzan metódicamente para brindarnos un cuadro sólido y armonioso. En cierta forma, le sale la elegancia del matemático al despejar la incógnita de una ecuación. Por eso, era importante que el propio diálogo entre relatos se apoyara en esta concepción de la narrativa y, como conjunto, la antología la respetara y, en la medida de lo posible, la pusiera de relieve. Espero haberlo

conseguido.

Hemos concebido este libro como un camino sin retorno. Arrancamos por las carreteras de *Discontinuidad inevitable* y cerramos el circuito bajando por *Monrepós 2050*. Si he logrado mi cometido, terminaréis este viaje sin descarrilar, pero con un temblor de piernas que hará trizas la indiferencia con la que hasta ahora veáis ciertas cosas. Es lo que sucede cuando uno se asoma a *La margen incierta...*

Juan Ángel Laguna Edroso

Eyriac, mayo del 2016

A Noe, mi pequeño gran amor,
y a mi hija Diana, que pronto aprenderá a leer
estas líneas.

A mis padres, con todo mi afecto.
A todos los que habéis disfrutado con mis obras y/o
esperáis hacerlo con esta.

Y, especialmente, a quienes poseen el valor y el
temple necesarios para aventurarse por márgenes
inciertas...

Discontinuidad inevitable

Eloy se sentía satisfecho. Regresaba de su viaje a la playa, típico de sus días de fiesta en Semana Santa, con el viril orgullo del deber cumplido. Al volante de su automóvil, la perenne sonrisa que brillaba en sus labios desafiaba a una jornada no especialmente soleada.

Joven, soltero y sin compromiso, el animado conductor degustaba la vida como una abeja caprichosa que chupara el néctar de las flores más exóticas. Consultor informático de profesión, su sueldo daba cobertura a la mayoría de sus caprichos y su horario le hacía gozar de cierta libertad para entregarse a su pasión: las mujeres.

Era en vacaciones, sobre todo, cuando daba rienda suelta a sus dotes de conquistador. Solía juntarse con varios amigos de perfil y objetivos similares, aferrándose hábilmente a la magia de la noche para emprender una caza exitosa. Su encanto natural, así como su experiencia, daban fruto en muchas ocasiones; no era inusual que más de una mañana el amanecer le saludara mientras compartía

el lecho con alguna «captura» del día anterior. Daba igual que el escenario de sus esgarceos amorosos fuera una habitación de hotel, un apartamento o la parte de atrás de su espacioso monovolumen: lo importante era estar bien acompañado y cumplir como un auténtico caballero.

No era de extrañar que las mujeres sucumbieran a su hechizo. Excelente conversador, paciente, sutil, dulce... tales ingredientes, sumados al magnetismo que su propio físico emanaba, resultaban con frecuencia irresistibles. En concreto, ese fin de semana había confirmado tal punto de forma plena.

Era ese el libidinoso recuerdo que iluminaba el semblante de Eloy mientras se deslizaba con holgura por la autovía. Esos tres días habían arrojado para él un triunfo absoluto: ninguna de las noches había estado solo. Sus amantes le habían obsequiado con la suavidad de sus curvas y el calor de su piel. Con la primera y la tercera lo había hecho en un hotel; con la segunda, en su coche. La última, la chica de ayer, de cuerpo menudo y manejable como una muñeca, había resultado la más fogosa de todas. Quizá hablaba más de la cuenta, pero nada era perfecto. ¿Cómo se llamaba? ¿Sara? ¿O era Silvia? Era malísimo con los nombres. Debería darle vergüenza:

apenas hacía unas horas que se habían separado. En fin, ya se acordaría.

Inmerso en tal estado de gracia, estaba muy lejos todavía de notar el síndrome post-vacacional. Su ego masculino permanecía demasiado inflado. Su mente continuaba en la playa.

Eloy consultó el velocímetro: preciso como un reloj suizo, la aguja se había afinado en los ciento cinco, tal y como había programado en su regulador cuando partiera dos horas antes. La música del reproductor invadía con agrado sus oídos, contribuyendo a la bonanza del momento.

La jornada no había despertado del todo mal. El cielo estaba quizá un tanto nublado, con un sol tímido que de vez en cuando lograba colar sus rayos entre las nubes, mas la temperatura no se antojaba desagradable. No se había molestado en conectar el climatizador. El paisaje que le rodeaba era más bien anodino; había dejado atrás hacía tiempo el mar y se había adentrado firmemente en tierra, avanzando por una carretera jalonada por llanuras, árboles y alguna colina dispersa que apenas lograba romper la monotonía. Se había levantado temprano y, sin despedirse de su compañera nocturna, había decidido ponerse pronto en camino para evitar el

grueso del tráfico. Parecía haberlo conseguido, pues no se veían demasiados vehículos que siguiesen su rumbo. Acaso la situación fuera diferente en el otro sentido, pero en aquella zona los dos tramos de la autovía no discurrían paralelos, por lo que solo podía hacer conjeturas al respecto.

La calzada se había mostrado bastante recta y regular hasta el momento; sin embargo se dibujaban ya algunas curvas en la lejanía. Eloy las contempló sin inmutarse, pues conocía el trayecto de sobra. ¿Cuántas veces había cubierto ese itinerario? ¿Seis? ¿Siete? Tendría que preguntárselo a sus amigos. En cualquier caso, tampoco eran giros comprometidos; era probable que ni siquiera necesitase frenar.

A menos de un kilómetro vio un gran letrero luminoso que se alzaba sobre la autovía enlazando ambas márgenes a modo de puente. Aun sin distinguir con claridad los caracteres digitales que mostraba, imaginó la naturaleza del mensaje; domingo, operación retorno... ocasión inmejorable para recordar a los conductores el número de fallecidos en carretera el año anterior. La DGT velando por la seguridad del ciudadano. «Qué lástima», pensó, «que ya estemos inmunizados contra este tipo de avisos y al verlos nos recluyamos

todavía más en nuestra burbuja de metal, creyéndonos invulnerables». Casi se rió ante su súbito alegato y siguió observando la pantalla negra hasta que por fin descifró las letras: *Semana Santa pasada, 72 muertos en carretera. Circule con moderación.* Ninguna sorpresa.

El día, como Eloy, seguía progresando de manera inexorable. El sol iba ascendiendo en las alturas y comenzaba a molestar, envalentonado tras hallar un generoso hueco sin nubes. El hombre colocó ambos parasoles con la esperanza de bloquear los rayos, sin demasiado éxito. Oteando el cielo, advirtió que tendría que soportar, al menos durante unos minutos, aquel ligero inconveniente.

Ajenos a esas menudencias, dos automóviles le adelantaron como una exhalación por su flanco izquierdo, como si estuvieran disputando alguna carrera. Segundos después un tercero los emuló, algo más despacio aunque superando con creces el ritmo que él llevaba. Retornó a su cerebro su pensamiento de hace un rato; resultaba evidente que esa forma de conducir corroboraba su teoría. Que hicieran lo que quisieran: él prefería volver de aquí a unos meses a la costa y tener la oportunidad de tantear otra vez el terreno femenino.

Un certero destello lo cegó por un instante. Sucedió de manera tan fugaz que sus ojos apenas apartaron la vista de la calzada, pero el incidente bastó para quebrar la sonrisa que había portado a lo largo del viaje. Sus manos habían continuado tenaces, seguras sobre el volante, conservando la calma. No obstante, se conocía y sabía que eran esos episodios insignificantes los que con mayor eficacia le ponían nervioso. Al fin y al cabo, en carretera los peligros podían provenir de cualquier sitio.

Un nuevo rayo, directo al blanco. Si no fuera porque era una locura, Eloy habría pensado que el astro rey estaba jugando pérfidamente con él. No pudo evitar un acto reflejo de sus brazos, que se tradujo en un brusco aunque inocuo bandazo del coche. Sintió nacer un leve hormigueo en su estómago, precursor del miedo. Si bien trató de combatir la sensación, notó cómo la inquietud se iba adueñando de su ser.

Fue el tercer haz luminoso, intenso y traicionero, el que marcó la diferencia. Se le antojó el peor de todos y estuvo a punto de hacerle perder el control: el monovolumen se escoró de forma pronunciada, las ruedas chirriaron arrancando al asfalto un sonido que le heló la sangre y se inició un derrape de

incierto resultado. Por fortuna, sus manos lograron someter al volante a su voluntad y los pies hicieron lo propio con los pedales, presionando el freno en el momento adecuado. El vehículo retomó su rumbo.

Un sudor frío anegó su rostro y empezó a respirar con dificultad. Su sobresalto no se debió solamente al terrible susto que se acababa de llevar, sino a la repentina constatación, de modo inconsciente pero inequívoco, de que aquel malicioso destello había cambiado las cosas por completo. No podía explicar cómo lo sabía ni por qué, pero ese rayo había sido distinto. No era supersticioso; sin embargo, la única palabra que le venía a la cabeza era *sobrenatural*.

El panorama que ahora le circundaba daba muestras de apoyar su hipótesis. Mirando con detenimiento, Eloy advirtió que lo que sus sentidos captaban no era exactamente lo mismo que antes de los centelleos. Era muy similar: los árboles, los cerros, las señales de tráfico, las líneas y el alquitrán de la calzada, las planicies... todo se encontraba allí, si bien sus colores habían perdido brillo; estaban desvaídos, difuminados. La imagen semejaba una versión macilenta y agotada de la realidad. Una versión ominosa. Era como si hubiera atravesado una

especie de discontinuidad y el mundo al otro lado no se hubiese recuperado en su plenitud.

Sin tiempo para analizar la situación y emitir un juicio, aunque fuera solo en beneficio de sí mismo, fue adelantado por un vehículo y acto seguido por otro. No fue capaz de pronunciarse acerca de si los otros conductores estaban percibiendo o no el entorno del modo en que él lo estaba haciendo, mas, si era así, no parecía haberles afectado mucho.

Surgido de quién sabe dónde, apareció de pronto, a varios cientos de metros, otro panel luminoso sobre la calzada. Quizá fuese más grande que su homólogo anterior o fuese un efecto óptico; el caso es que en esta ocasión pudo discernir con nitidez lo que proyectaba. El cartel rezaba: *Semana Santa actual, 85 muertos y subiendo.*

Solo un loco o un necio podía creer que ese letrero proviniese de la DGT. Las autoridades nunca incluían datos recientes en sus campañas de sensibilización y, desde luego, se cuidaban mucho de hacer uso del humor negro. Eso, sin mencionar que el indicador había brotado de la *nada*, como por arte de magia. Tenía la certeza de que unos instantes antes no estaba allí. El suceso carecía de sentido.

Sus ojos no daban crédito. ¿Qué demonios significaba aquello? ¡Era imposible! Notó cómo una oleada incontenible de calor afluía a su rostro, quemándole desde el interior. Sus miembros se agarrotaron y tuvo la sensación de que la piel quería desprenderse de sus músculos; se conocía: eran los signos del pánico incipiente.

Con sentido o sin él, Eloy no tardó en acumular nuevos argumentos para sucumbir al terror absoluto. Conforme se acercaba inexorablemente al panel electrónico, asistió atónito a un espectáculo dantesco. Un rápido vistazo a los caracteres digitales coincidió con el cambio de uno de ellos; ahora rezaba: *Semana Santa actual, 86 muertos y subiendo*. Todavía intentaba asimilar lo que estaba viendo cuando pudo divisar, con toda nitidez, cómo uno de los coches que le habían superado hacía unos segundos perdía contacto con el asfalto y remontaba el vuelo como si un viento poderoso y macabro se hubiese alojado bajo sus ruedas. El vehículo describió una parábola eterna y cayó a plomo sobre el firme de la autovía; quedó destrozado al instante por el salvaje impacto y liberó fragmentos de la carrocería en todas las direcciones.

El sonido llegó a los oídos de Eloy grave y amortiguado, tan apagado como la nueva «realidad» que se había manifestado tras la discontinuidad; sin embargo, era innegable: aquello estaba ocurriendo de verdad.

Sintió la proximidad del vómito y las primeras amenazas de desmayo. Por instinto, volvió a mirar el cartel: las cifras no habían variado. Aterido de incertidumbre y confusión, no le pareció descabellado que el incremento en el número de víctimas y el posterior «accidente» fueran causa y efecto respectivamente y no al revés. Resultaba absurdo, inverosímil; no obstante, desde que aquel tercer rayo de sol le había nublado la vista nada parecía seguir las leyes naturales.

¿Qué debía hacer? ¿Tomar la primera salida que encontrase confiando en que no fuera demasiado tarde? ¿Tratar de detenerse fuera de la vía y apearse del coche? ¿Acelerar y rogar para que este tramo maldito terminase pronto? Ninguna de las alternativas le proporcionaba ni seguridad ni confianza.

La futilidad de la segunda opción se reveló de forma dramática. Uno de los automóviles que había aparecido en su espejo retrovisor al abandonar la

última curva empezó a reducir su velocidad con el propósito evidente de parar. El panel luminoso trocó de súbito los *86 muertos* por *89* y selló indolente, como un juez inmisericorde, el triste destino de la familia que viajaba en su interior. Ninguno de los testigos, activos o pasivos, se cuestionó lo que iba a acontecer, solo el cómo. En un suspiro, un enorme socavón se abrió justo delante del sentenciado vehículo y este fue engullido de un modo tan espantoso que prometía pesadillas para todos aquellos que pudieran contarlo: fueran imaginaciones suyas o no, Eloy escuchó en su cabeza el estruendo repulsivo de unas ciclópeas mandíbulas rocosas triturando con saña hierro y carne. El esfuerzo para reprimir las arcadas y no vaciar su alterado estómago sobre la tapicería fue titánico.

Otro par de coches y una moto lo adelantaron. ¿Para qué? No había salvación posible. Alcanzó a vislumbrar la tez de una conductora: estaba lívida, exangüe y contorsionada por el miedo. Él mismo no debía de estar mostrando mucho mejor aspecto.

Empezó a soltar imprecaciones y a jurar con desespero. Apagó de un puñetazo el equipo de música y, entre lágrimas, se maldijo por su indecisión. Al menos, el resto de los conductores

había intentado algo, como pisar a fondo o aminorar la marcha. En cambio, ¿qué había hecho él? ¿Qué estaba haciendo o pensaba hacer? No tenía ni idea: estaba colapsado. Anulado.

Mirar al letrero electrónico; eso sí que se le daba bien. Aquel dispositivo del infierno, que se replicaba con malevolencia cada quinientos metros, daba muestras de incrementar su sed letal por momentos. En cuestión de segundos cambió de *89* a *90* y de *90* a *92 muertos*. Las consecuencias fueron inmediatas: en respuesta al primer aumento, un obstáculo invisible e irrompible se coló de repente entre los radios de la motocicleta que acababa de pasarle he hizo saltar por los aires a piloto y máquina; estos dieron vueltas por el aire cual grotesco carrusel y luego por la calzada hasta que dejaron de moverse. No se había inventado aún el casco ni la protección que pudiese salvar la vida a ese motorista. El otro vehículo agraciado en el macabro sorteo se encontró, de pronto, con la dirección bloqueada. Todo el empeño puesto por el joven al volante por hacerlo girar fue angustiosamente baldío. Su novia lo contempló petrificada, náufraga del pavor y la impotencia, mientras su compañero agotaba sus últimos recursos. Acabaron por salirse en la siguiente curva,

estrellándose contra una colina aledaña en medio de un estrépito aterrador. La explosión posterior puso la guinda a la tragedia.

Enajenado, Eloy rompió a llorar sin tregua, claudicando ante la pura histeria. Todo estaba perdido. Era inconcebible que a unas vacaciones sensacionales le hubiera sucedido una auténtica pesadilla, mas era inútil lamentarse: la estampa burda y descolorida que se extendía a su alrededor, con sus verdes agonizantes y sus decrepitos marrones, sería la última visión que percibirían sus ojos enrojecidos.

O tal vez no. De pronto, en lontananza, descubrió algo que hizo renacer en su espíritu las ganas de luchar... y vivir. Sin creérselo del todo, miró de nuevo por si había sido engañado por un espejismo producto de su perturbación. Pero no, no se había equivocado. El funesto tramo tenía *fin*.

A poco más de un kilómetro se distinguía con claridad cómo, en una suerte de discontinuidad similar a la que había franqueado un rato antes, la vegetación recuperaba de manera brusca su tonalidad habitual, el cielo su azul claro y las llanuras y los promontorios sus matices originales. Era indiscutible: a partir de ese punto que se

perfilaba en el horizonte la realidad volvía a ser *normal*. No se divisaban tampoco más carteles.

Allí estaba la salvación. Aquella era su meta; debía tratar de alcanzarla a toda costa. En medio, dos escollos: un par de malditos, y mortales, paneles luminosos.

Pisó a fondo mientras evaluaba las características del camino que le quedaba por recorrer. La calzada discurría recta e inalterable durante un buen trecho, festoneado por el primero de los letreros más o menos a la mitad de su longitud, hasta que torcía pronunciadamente hacia la izquierda, no sin antes pasar por debajo del segundo y último de los indicadores. En aquellos precisos momentos, un automóvil negro se dirigía hacia él con su conductor rezando con toda el alma por que los dígitos no se movieran y obtuviese el ansiado indulto. Como Eloy, había deducido que si superaba ese azaroso límite habría burlado al destino. ¿Lo conseguiría?

La providencia, o la suerte, otorgaron respuesta afirmativa a esa pregunta. El recuento no aumentó; el cartel permaneció inmutable. Si alguien hubiese podido escuchar el suspiro de alivio del hombre recién amnistiado, lo habría comparado con la

primera bocanada de quien está a punto de ahogarse sin remisión.

Las consecuencias eran evidentes: si aquel individuo había eludido el desastre, las posibilidades se abrían para el resto. La fe de Eloy ganó varios enteros y enalteció su ánimo devastado.

Contuvo la respiración; se acercaba al obstáculo inicial. Cartel número uno. Si era incapaz de trasponerlo nada más tendría importancia, porque no *habría* nada más. Clavó sus pupilas, henchido de temor e incertidumbre, en los números de arriba. *92 muertos. 92 muertos.* «Por Dios, no cambiéis, no cambiéis...», suplicó.

92 muertos. No hubo variación. Lo había logrado; fuera o no definitivo, se le había concedido un aplazamiento.

La alegría fue efímera. Había presenciado demasiadas calamidades en los últimos minutos para olvidar que su existencia seguía pendiendo de un hilo. En el instante en que reflexionaba sobre este hecho, otro coche lo adelantó rabiosamente por el carril izquierdo. Pese a ser algo fugaz, alcanzó a ver a dos jóvenes en los asientos delanteros. No vio sus rostros, pero no precisó gran esfuerzo para imaginarlos.

Miró a conciencia por sus espejos retrovisores y luego de nuevo al frente sin saber con certeza si lo hacía por curiosidad, morbo o por hacerse una idea ajustada de su situación en la autovía. Delante avanzaba solo el vehículo azul oscuro que le acaba de pasar; detrás, la carretera estaba desierta. Tomara la decisión que tomase, el último panel disponía de pocas opciones.

El otro coche se hallaba ya cerca de la curva, y por tanto del letrero luminoso. Él le seguía a poca distancia. Eloy no deseaba causar ningún daño a nadie; sin embargo, ni se juzgaba tonto ni tenía vocación de mártir: si los dígitos habían de cambiar, prefería que fuera a *94* y no a *93*. Eso le daría, al menos, una oportunidad.

Una vez más, dejó de respirar. Había demasiado en juego. Lo peor de todo era que el desenlace no dependía de él ni de aquellos jóvenes, sino del engendro eléctrico que había volcado sin piedad su malignidad sobre ellos.

Los números variaron. *94 muertos*. La fortuna le sonreía.

Eloy elevó al cielo una plegaria breve, espontánea. Fuera a quien fuese, tenía que darle las gracias a alguien. Estaba a salvo. La sensación que le inundó

fue tan balsámica e intensa que aplacó, prácticamente bloqueó, el eventual sentimiento de culpa que pudiera surgir por deber su dicha a la ruina de otros. Sí, se había salvado.

O quizá no. Sus ojos se desorbitaron y se atragantó al borde de la asfixia cuando contempló estupefacto cómo el automóvil azul rebasaba el panel indemne, sin problemas. Se quedó lívido, aturdido, decepcionado. ¿Qué había ocurrido? ¿Qué significaba eso? Notó cómo el filo de una traición deslocalizada cercenaba sus entrañas. No entendía nada. Únicamente quedaba él sobre la vía y era uno, no dos. Era un error.

O eso creía.

—¡Hola, hola...! —oyó de pronto a su espalda, con melodía incluida.

El retrovisor le devolvió su imagen. No. No era posible. ¿Qué hacía ella allí?

—Me he quedado dormida —dijo la chica, navegando aún entre sueño y vigilia y ajena a las implicaciones de su aparición—. ¡Y yo que pensaba darte una sorpresa!

Eloy ya no escuchaba. Estaba consternado. ¿Cómo había conseguido colarse allí sin que él se percatara? No podía ser. No, no podía ser... y sin embargo era.

Tampoco importaba. Estaba muerto. *Estaban* muertos, los dos. El letrero no había cometido ningún fallo. De forma inminente, se cobraría dos nuevas víctimas. La única incógnita era el cómo, no el quién. Y eso tampoco le importaba lo más mínimo.

Se volvió hacia su más reciente conquista. La chica seguía con su atractiva sonrisa, la que entre otros encantos había propiciado que terminaran en la cama. Nunca sospecharía lo que había sucedido, y él no tenía ni tiempo ni aliento para explicárselo. No con el fin tan próximo.

De repente, bajo el chasis, los cuatro neumáticos del monovolumen reventaron al unísono; antinatural, implacable, mortalmente. Nunca ganaría la curva: abandonado a la inercia, continuaría en línea recta para descalabrarse antes o después como resultado de la inevitable colisión. Sus ocupantes estaban condenados.

En una postrera concesión al despropósito, Eloy esbozó una amarga sonrisa y asintió. Era curioso: ahora recordaba el nombre. Ahora sí. No era ni Silvia, ni Sara. Era Sonia, se llamaba Sonia.

El dato tenía su relevancia.

Uno siempre debería conocer la identidad de la persona con quien va a compartir el resto de su vida.